

REFLEXIONES DEL PRESIDENTE DE LA CEB

La seguridad de la salvación

Vivimos en un mundo cada vez más violento y más inseguro, principalmente ocurre en las grandes ciudades o metrópolis. Una vez, en un Congreso Mundial de Evangelistas en la ciudad de Ámsterdam, Holanda, teníamos una tarde libre y salimos a conocer la ciudad. En un momento, mi cuñado que iba con otro grupo, se me acercó y me dijo “Me asaltaron”. Casi no lo podía creer, porque en pleno día, en un pasillo se le acercó un hombre con un cuchillo y le sacó todo el dinero que tenía.

Hace algunos años atrás estuve almorzando con un pastor de una mega iglesia en Buenos Aires, quien me contó como una mañana, al llegar al templo un grupo de jóvenes lo apuntaron con un arma, lo arrojaron al piso y comenzaron a darle patadas y golpes. Y luego robaron lo que había en la oficina y se fueron.

La seguridad es una de las necesidades más importantes del ser humano. Sin seguridad uno vive intranquilo, temeroso, tenso, angustiado, porque se siente desprotegido. Según Arnold Wofers, un académico, dijo que la seguridad tiene dos partes: En el sentido objetivo mide la ausencia de amenazas a los valores adquiridos. En el sentido subjetivo, es la ausencia de miedo a que esos valores pudieran destruirse.

Por lo tanto, la seguridad significa estar libre de cualquier peligro, y en consecuencia nos da la sensación que estamos alejados de sufrir cualquier daño. Uno se siente seguro cuando está protegido. De esto se trata la seguridad.

Lo curioso es que el apóstol Pablo nunca se sintió seguro de no ser robado por ladrones, o de naufragar mientras navegaba, o de ser atacado físicamente. Pablo siempre estuvo en peligro. Escribiendo en 2 Corintios 11:26 dijo que estuvo “en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos” Su vida era de lo más insegura. El peligraba de todo y todo el tiempo. De lo único que estaba seguro y que

no peligraba era de relación con Cristo. Él dijo “Por lo cual asimismo padezco esto, pero no me avergüenzo porque yo sé en quien he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12)

Él podía afirmar sin ninguna sombra de duda que estaba seguro de su salvación, diciendo “Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 8:38-39)

Juan escribió “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna” (1 Juan 5:11) No fue algo que nosotros lo obtuvimos o ganamos con nuestro esfuerzo, o con nuestra conducta, o con nuestra religiosidad u oraciones. Dios nos ha dado vida eterna por pura gracia, porque “por gracia sois salvos, por medio de la fe y esto no de vosotros, pues es don de Dios”

Algunos piensan que la gracia de Dios está limitada al momento de la salvación, y que una vez salvo, todo depende de nosotros. Que a partir de ese momento cada uno debe esforzarse para servir a Dios o para trabajar en la iglesia, y si no hace lo que tiene que hacer, pone en peligro su salvación. Pero el apóstol Pablo creía algo distinto a esto. El escribió en 1 Corintios 15:10 “Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”

Juan el Bautista ya lo sabía antes que Pablo cuando vinieron algunos y le dijeron que los discípulos de Jesús estaban bautizando más gente que él, entonces Juan les respondió: “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo”. Era la gracia de Dios y no porque unos eran mejores que otros o trabajaban más o tenían mejores métodos para alcanzar a más gente. Era simplemente la gracia de Dios.

Esto lo confirmó Pablo cuando escribió “porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Dios no solamente produce en nosotros el

deseo o las ganas para hacer algo sino también crea las circunstancias, nos da los recursos, nos da la capacidad y predispone a la gente para que lo hagamos. Esto es pura gracia.

Por eso, el don de la gracia tiene todo incluido. Tal como pregunta Pablo “¿Qué tienes que no hayas recibido?” Dios nos ha dado todo mediante Jesucristo. Él nos ha dado vida eterna. “Este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna”, sin condiciones. No dice que nos dará vida eterna, sino que nos ha dado. La vida eterna ya le tenemos, es nuestra y sin que dependa de nosotros. Y si dependiera de nosotros, jamás podríamos tener seguridad. La seguridad que tenemos depende absolutamente de Dios.

“y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”. Nuestra seguridad descansa en lo que tenemos. Se tiene o no se tiene. “El que tiene al Hijo, tiene la vida, el que no tiene al Hijo no tiene la vida”. Así de simple. Si hemos recibido a Cristo en nuestro corazón, tenemos a Cristo. Si nunca lo hemos recibido no tenemos a Cristo, por lo tanto no tenemos la vida y seguimos muertos.

Por eso en el evangelio de Juan leemos “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Y por recibir a Cristo llegamos a formar parte de la familia de Dios, porque contamos con el ADN de Cristo. Y en el bautismo somos incorporados al mismo cuerpo de Cristo, y así nuestro cuerpo se convierte en el templo del Espíritu Santo.

“Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna”. No dice “que algún día podríais tener vida eterna” ni tampoco dice “que tendrán vida eterna si cumplen”. No emplea ningún condicional, ni tampoco el futuro, sino que utiliza el tiempo presente de la palabra “tener”. “PARA QUE SEPÁIS QUE TENEIS VIDA ETERNA”.

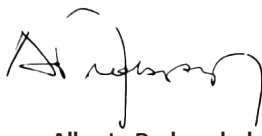
Saber que tenemos ya, ahora mismo la vida eterna, es tener una absoluta convicción. Cuando uno posee la convicción sobre algo significa que uno tiene suficientes razones para creer lo que cree. Porque una convicción no nace en el vacío o en un presentimiento. El que tiene una firme convicción sobre algo jamás dirá “Me parece que es verdad”, ni tampoco dirá “Presiento que es verdad” sino que afirma “estoy seguro que es así”. Como cuando el apóstol Pablo afirmó “Estoy seguro que nada nos podrá separar del amor de Dios”

El apóstol Juan escribió su epístola: “para que sepáis que tenéis vida eterna”, o “para que tengan la convicción que tienen vida eterna”, ¿por qué? ¿Por qué debían estar seguros? Porque han creído en el nombre del Hijo de Dios. Porque verdaderamente han sido salvados por la fe, y también fueron salvados para la fe, “porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe” (Romanos 1:17) porque añade “y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios”. Los que han creído en el nombre de Jesús deben seguir creyendo en su nombre.

Un catedrático llamado Ricard Hooker escribió: “La tierra puede temblar, los pilares del mundo se pueden caer debajo de nosotros, el sol puede perder su luz, la luna su belleza, las estrellas su gloria; pero en relación con al hombre que confía en Dios, ¿qué hay en el mundo que pueda cambiar su corazón, derrocar a su fe, alterar su afecto hacia Dios, o el cariño de Dios para él?” La respuesta es “nada”,

Podemos oír que Dios nos dice “A todos, sin excepción, a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, sí, a los que creen en el nombre de Jesucristo, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.”

Afirmamos, por lo tanto con total certeza juntamente con el apóstol Pablo : “yo sé en quien he creído, y estoy seguro”



Alberto Prokopchuk
Presidente